

## El fruto de la divinidad: Clarice Lispector y Hélène Cixous

Susana Trujillo Ros – UNED – 26 de marzo de 2015

El presente trabajo propone la lectura confrontada de algunos de los textos clave de Clarice Lispector (1920) y Hélène Cixous (1937) en torno a varios conceptos compartidos por ambas y reunidos en el símbolo frutal, símbolo que funciona a su vez como estrategia discursiva.

Si bien Clarice Lispector y Hélène Cixous, adalid del controvertido feminismo de la diferencia y de la llamada *écriture féminine*, no llegaron a conocerse, no resulta extraño que el hallazgo de los textos de Lispector en 1978 por parte de Cixous dejara una honda huella en su producción intelectual; desde luego los puntos en común en cuanto al modo de entender la escritura se revelan asombrosos.

Tanto Lispector como Cixous trataron de aproximarse a las fuentes, de retrotraerse a un origen libre de las contaminaciones culturales para encontrar su verdadera voz, que pasa por ser una voz femenina capaz de una renovada conciliación con el conjunto de la realidad. Es en buena medida en esta búsqueda incansable del yo-femenino que las conecta con las divinidades matriarcales sepultadas bajo siglos de simbología masculina, donde sus voces se depuran logrando una excepcional originalidad. En los dos casos aparece una voluntad poética compartida que propone al lector una limpieza de todo avituallamiento teórico pese a que sus trayectorias son el resultado de un rico bagaje cultural.<sup>1</sup>

Sobresalen al respecto en la obra de Cixous *La llegada a la escritura* y *La risa de la medusa*. Este último volumen recoge varios de sus ensayos más destacados en los que, con acentuado carácter deconstructivo y meta-literario, establece un deliberado

---

<sup>1</sup> Precisamente la búsqueda de un tono poético permite a ambas liberarse de ciertas ataduras asociadas a las normas de escritura ortodoxa. En este sentido conviene recordar que Lispector hacía gala de practicar un “no estilo”, y Cixous, por su parte, huyó siempre de la limitación de los llamados géneros literarios para desde la palabra poética alcanzar la filosofía, la crítica literaria, la sociología o la política.

Si Hélène Cixous ha sido una intelectual reconocida, en el caso de Lispector, a pesar de figurar entre los grandes nombres de las letras brasileñas y universales, se ha pasado por alto en no pocas ocasiones el hecho insoslayable de que tuvo una recepción sensible de lecturas literarias de lo más variado (Dostoievski, Herman Hesse, Fernando Pessoa, Katherine Mansfield), así como probablemente filosóficas (pueden buscarse por ejemplo referentes como Heidegger, Nietzsche, Schopenhauer, Freud); de los textos judeo-cristianos, y de las religiones orientales. A ello contribuyó la propia Cixous en alguna ocasión afirmando *No sabe nada. No ha leído a los filósofos. Y, sin embargo, a veces juraríamos oírles susurrar entre sus bosques. Lo descubre todo* (Cixous 1995: 157-158). Sin embargo, esta afirmación debe entenderse como una estrategia que trata de no restar originalidad a su obra en consonancia con la voluntad de la autora brasileña, que prefirió ocultar o confesar en muy contadas ocasiones sus lecturas y referentes culturales.

diálogo con el universo de la escritora brasileña, universo del que se prestan como exponentes las novelas elegidas:

*Agua viva*, que marca los inicios en la escritura de su protagonista, una pintora cuya relación sentimental acaba de concluir.

*La manzana en la oscuridad*, el reencuentro de un hombre de ciudad con la naturaleza a través de dos mujeres con personalidades divergentes.

*Aprendizaje o el libro de los placeres*, crónica del proceso iniciático de una maestra de escuela antes de ser capaz de entregarse a la plenitud del amor.

En sus textos confluyen una serie de conceptos condensados en el alimento, que cruza de esta forma al plano de lo simbólico, bien se trate de leche, miel, huevos o fruta. Son especialmente representativas la manzana en el caso de Clarice y la naranja, *l'orange*, en Hélène, quien propone un juego de palabras que remite a su tierra natal, Orán, como respuesta a las atribuciones de la manzana de Lispector.

Ambas autoras trabajan conscientemente con la contradicción como punto de partida y se valen de recursos como la polisemia, la antítesis, el oxímoron, la paradoja o intencionados anacolutos conceptuales y sintácticos. Y es que ninguna de las dos autoras pretendió consumir una teoría o corpus organizado; lo que reclaman es una voz limpia de las cristalizaciones culturales creadas por el pensamiento masculino, y por ello huyen de la jerarquización de conceptos o de razonamientos unívocos como herramientas narrativas.

Para entender el símbolo frutal en sus obras es oportuno ubicarse en la importancia que ambas conceden a la materia, a lo corporal. El cuerpo es entendido como un espacio a conquistar en un ejercicio de reapropiación: deben arrebatarlo de aquel silencio al que la ley androcéntrica lo ha relegado, lo que en cuanto a la escritura significa recuperar una voz anterior no mediatizada por la voz hegemónica. La voz original es aquella que mana del cuerpo: *estoy intentando escribirte con todo el cuerpo* (Lispector, 2012: 14), afirmaría Lispector en *Agua viva*, mientras que Cixous en *La llegada a la escritura* expresó: *Donde tú escribes, eso crece, tu cuerpo se despliega, tu piel cuenta sus leyendas hasta ahora mudas* (Cixous, 2006: 68).

En su polisemia por tanto la naranja, la manzana, serán la representación de todo cuerpo humano y primeramente del cuerpo de mujer. Así en *Aprendizaje o el libro de los placeres* Lispector escribe *Fue en ese estado de sueño-vislumbre cuando soñó ver que la fruta del mundo era ella* (Lispector, 2010: 137).

Y es que la escritura es un proceso orgánico de su propia experiencia femenina. Implica gestación y alumbramiento, una experiencia de maternidad en la que el resultado es asimismo materia viva susceptible de nutrir al Otro, tal como la naturaleza

engendra y derrama su ofrenda divina a través, por ejemplo, de la leche o de la fruta. Cixous en *La llegada a la escritura* afirma *yo comía los textos, los chupaba, los mamaba, los besaba* (Cixous, 2006: 25).

Mediante el cuerpo la búsqueda de una fuente original encuentra su sentido, y a partir de él cuestionan la voz hegemónica plasmada en los relatos míticos, los textos sagrados o los cuentos, en los que la fruta es también en muchas ocasiones el vehículo de la subversión. En *Aprendizaje* la protagonista, Lori, *al contrario de Eva, al morder la manzana, entraba en el paraíso* (Lispector, 2010: 121). Cixous, a su vez, a partir del análisis de *La hora de la estrella* de Lispector examina la ley falocéntrica a través del pasaje de Adán y Eva (Cixous, 1995: 173-174). La ley, la prohibición de comer determinado fruto, es la negación absoluta (una prohibición hermética puesto que la muerte no existe en el paraíso), mientras que la manzana, opuesta a ella, representa la afirmación absoluta, visible, corpórea, concreta y plena de sabor; el goce oral implica la sabiduría primigenia y remite a su vez a la palabra:

*Es la experiencia del secreto, es el enigma de la manzana, esta manzana revestida de todos los poderes. Se nos cuenta que el conocimiento podría empezar por la boca, por el descubrimiento del sabor de algo (...) Frente a la Ley –invisible, no verificable- está la manzana que, sí, es, es, es (...) la manzana es visible, es promesa, es una llamada: “acércame a tus labios”, está llena, tiene un interior. En su relación con la realidad concreta, Eva se dispone a descubrir el interior de la manzana, y ese interior es bueno* (Cixous, 1995: 174).

La transcendencia de lo corporal se subraya en su noción de alteridad. A partir de la consideración del propio cuerpo es posible variar la perspectiva respecto del Otro. En última instancia, a pesar de los deliberados antagonismos conceptuales que a menudo se subrayan en sus textos, su búsqueda de la identidad pasa por la integración con el mundo y la complementariedad de los opuestos. Si toda voz verdadera ha de acercarse a la naturaleza, la naturaleza se devuelve en la voz inyectando su sentido de prolongación perpetua, donde la frontera entre un sujeto y otro se difumina en una experiencia gozosa. En este sentido parece asomar el concepto *dionisiaco* de Nietzsche<sup>2</sup>, estado que se alcanza mediante la potencia del instinto primavera o a través de la embriaguez. Sólo bajo su influjo el ser humano consigue romper las barreras del *principium individuationis* (principio de individuación) para que pueda aflorar lo general-humano.

Reconocer al otro, participar del otro, acarrea la distensión de Yo individual. Así en *La manzana en la oscuridad* Lispector escribe: *Pocas horas antes, junto a la*

---

<sup>2</sup> Para Nietzsche el estado dionisiaco permite al ser humano sentirse reconciliado con la naturaleza y con el prójimo; en dicho estado la naturaleza ofrece gratuitamente su alimento divino –como en las obras de Lispector y Cixous- y el cuerpo del hombre, a través de sus gestos, cánticos y danzas, participa de la divinidad y llega a ser él mismo una obra de arte: *Al igual que ahora los animales hablan y la tierra da leche y miel, también en él resuena algo sobrenatural: se siente dios (...). El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte (...).* (Nietzsche, 2012: 55).

*hoguera, había alcanzado una impersonalidad dentro de sí: había sido tan profundamente él mismo que se había convertido en el “el mismo” de cualquier otra persona, como la vaca es la vaca de todas las vacas* (Lispector, 2014: 292).

Cixous, partiendo de la diferencia marcada por la ley androcéntrica, propone un paso previo, la fraternidad entre mujeres con el fin de reintegrar al mundo la fuerza de su cohesión. En el siguiente fragmento Cixous pone al servicio de la escucha femenina tanto su propia obra como la de Lispector:

*A veces una mujer es lo bastante rica en humildad, lo bastante inflexible en ternura como para ser nadie, y en calidad de impersonalmente mujer, se mantiene dentro de la extraña libertad de la inocencia. (...). Pero para eso es necesario poder caminar sin rumbo, a la luz de una fruta* (Cixous, 1995: 123).

Y es que para apreciar el sabor del mundo se hace necesaria la comunión con el Otro y lo otro, por eso Lispector escribe en *Aprendizaje: Quería que ellos supieran, a través de las clases de portugués, que el sabor de una fruta estaba en el contacto de la fruta con el paladar y no en la fruta misma* (Lispector, 2010: 92).

A la manzana de Lispector, Cixous responde con su naranja, conectada directamente con la noción de infancia, el estadio más próximo a las fuentes originales:

*Esa voz volvió a poner la naranja en las manos desérticas de mi escritura, y con sus acentos de azahar, ha frotado los ojos de mi escritura que estaban áridos y cubiertos por una nube de papel. Y era una infancia que regresaba corriendo para tomar la naranja viva y festejarla de inmediato. Pues nuestras infancias poseen la ciencia natural de la naranja. En un principio, entre la naranja y la niña hubo una intimidad, casi un parentesco, el intercambio de confianzas esenciales. La naranja es siempre joven.* (Cixous, 1995: 112).

La fruta cumple una función subversiva cuando el concepto de Dios representa la Ley masculina, mientras que en otras ocasiones la deidad es identificada con la Madre naturaleza, ese conjunto de materia generosa que en su aparente caos sigue unos ciclos perfectamente organizados. En estos casos la gran madre es el Rostro con mayúsculas de Cixous en *La llegada a la escritura*, el amor maternal capaz de insuflar la palabra:

*El Rostro me susurraba algo, me hablaba, me llamaba a hablar, a descifrar todos los nombres que lo rodeaban (...) El Rostro primitivo fue el de mi madre (...) Tal vez nunca escribí más que para obtener la gracia del Rostro. Para afrontar sin cesar el misterio* (Cixous, 2006: 10-12).

De forma similar la protagonista de *Agua viva* ilustra una matriz bajo tierra, seno asimismo de la semilla de la palabra que dará fruto:

*Entro lentamente en la escritura como he entrado en la pintura. Es un mundo enmarañado de lianas, sílabas y madreselvas, colores y palabras, umbral de entrada a la ancestral caverna que es el útero del mundo y del que voy a nacer. (...) Y si muchas veces pinto grutas es porque ellas son mi zambullida en la tierra, oscuras pero aureoladas de claridad, y yo sangre de la naturaleza (Lispector, 2012: 17).*

Lo sagrado se revela a través de la palabra poética, como en el pensamiento de María Zambrano<sup>3</sup>, y se busca la participación de la esencia divina en toda materia y ser humano. El fruto de la naturaleza será vehículo sacro que conecta con las divinidades matriarcales que conservan la fuerza del caos primigenio, la grandeza y el Misterio. Si en *Aprendizaje* Ulises comenta a Lori: *Eres muy antigua, Loreley. Y es raro encontrar a una mujer que no rompió con el linaje de las mujeres a través del tiempo. ¿Eres sacerdotisa, Loreley?* (Lispector, 2010: 90), en *Agua viva* la protagonista reflexiona sobre su escritura de la siguiente manera:

*Como si arrancase de las profundidades de la tierra las nudosas raíces de un árbol descomunal, así es como te escribo, y esas raíces es como si fuesen poderosos tentáculos, como voluminosos cuerpos desnudos de fuertes mujeres envueltas en serpientes y en carnales deseos de realización, y todo esto es una plegaria de misa negra, y una petición arrastras de amén (...) (Lispector, 2012: 22).*

Cixous escribe:

*En la palabra femenina, al igual que en la escritura, nunca deja de asomar lo que sigue conservando el poder de afectarnos por habernos antaño impactado y conmovido imperceptible, profundamente: el canto, la primera música, aquella de la primera voz amorosa, que toda mujer mantiene viva (Cixous, 1995: 56).*

La superabundancia de la deidad maternal abarca todo, y abarca también la *Nada*<sup>4</sup>, concepto necesario para situar la pulsión de vivir. Desde la carencia se subraya la vida, en la carencia de luz (oscuridad), de sonido (silencio), de conocimiento (ignorancia), incluso de vida (muerte). El hambre (deseo permanentemente insatisfecho), es el mediador entre los sujetos: *A partir de un hambre tan grande puede*

---

<sup>3</sup> Las similitudes respecto de la forma de entender la escritura en las tres autoras son muchas, en especial en esa denodada búsqueda de la *palabra inicial*, ajena a la razón impuesta por la tradición cultural ortodoxa. En cuanto a Lispector, véase, por ejemplo: Myriam Jiménez Quenguan, M. (2009). *Clarice Lispector y María Zambrano: el pensamiento poético de la creación*. Madrid: Horas y Horas Editorial. Provenientes del feminismo de la diferencia, por su parte, autoras como Wanda Tommasi se han acercado a la figura de Zambrano con especial interés, y su obra ha sido entendida como un desafío a la autoridad masculina de la cultura occidental. Ese desafío no debe entenderse (al igual que en el caso de Lispector) como deliberada voluntad feminista, sino como conciencia de la necesidad de feminizar la cultura.

<sup>4</sup> Al respecto resulta oportuno revisar la relevancia concedida a la *Nada* por Martin Heidegger en textos como los reunidos en Heidegger, M. (2006) *¿Qué es metafísica?* Madrid: Alianza Editorial. No en vano, a pesar de que no es una referencia reconocida por Lispector (de hecho son muy escasas las referencias reconocidas por la autora), Cixous recuerda a Heidegger para subrayar la asombrosa conexión de la escritura de Lispector con la filosofía del alemán: *Si Heidegger hubiera podido dejar de ser alemán, si hubiera escrito la Novela de la Tierra (...) Por ahí escribe Clarice Lispector.* (Cixous, 1995: 157).

*nacer la fuerza de amar la vida* (Cixous, 1995: 122), escribe Cixous. Por eso al final de *La manzana en la oscuridad*, Martim piensa si *¿Debería agradecer a Dios su hambre?, porque la necesidad lo sustentaba* (Lispector, 2014: 314), para concluir afirmando: *yo solo tengo hambre. Y esa manera insegura de coger en la oscuridad una manzana, sin que se caiga* (Lispector, 2014: 315).

Esa superabundancia, la propia cuota de divinidad humana, resulta intolerable, por ello en *La manzana en la oscuridad* Vitoria, rebasada por sus sentimientos, decide talar el viejo manzano, mientras que Martim retrocede ante sus logros: *Hasta que, solo ante su propia grandeza, Martim ya no la soportó más. Supo que tendría que disminuirse ante lo que había creado hasta haber en el mundo* (Lispector, 2014: 209).

La palabra entonces, hebra de lo divino, solo puede convocar, aludir tangencialmente, por eso se hace imprescindible la palabra poética. La comunicación se efectúa en los lindes: *nuestra comprensión, que se hace a través de las palabras perdidas y de las palabras sin sentido* (Lispector, 2014: 245), escribe Lispector en *La manzana en la oscuridad*, mientras que en *Agua viva* expresa: *entonces escribir es la manera de quien usa la palabra como un cebo, la palabra que pesca lo que no es palabra* (Lispector, 2012: 23).

Y en ese fluctuar de la carencia a la abundancia, de la Nada al Todo y viceversa, se inscribe el concepto de tiempo. Escribir, como acto de amor, es una manera de sustraer de la muerte. Cixous en *La llegada a la escritura* lo expresa de la siguiente forma: *Descubrí que el Rostro era mortal, que a cada instante tendría que rescatarlo violentamente de la Nada. No adoré lo-que-va-a-desaparecer; para mí el amor no está ligado a la condición de mortalidad. (...). Amar: conservar vivo: nombrar* (Cixous, 2006: 11). Y ese instante de rescate, tiempo interior no sucesivo que invita a pensar en H. Bergson y sobre todo en M. Heidegger<sup>5</sup>, es también el instante de Lispector, manifestado en *Agua viva: La alegría es la materia del tiempo y es por excelencia el instante* (Lispector, 2012: 12). Prosigue Lispector: *Y antes que nada te escribo dura escritura (...). Y a los instantes les extraigo el zumo de la fruta, tengo que destituirme para alcanzar el meollo y la semilla de la vida. El instante es semilla viva* (Lispector, 2012: 14).

---

<sup>5</sup> Tanto Henri Bergson como Martin Heidegger aportaron a la discusión sobre el tiempo perspectivas novedosas desde las que es posible abordar la narrativa de Lispector y Cixous. Ambos criticaron la postura ortodoxa de la ciencia frente al tiempo, estudiando desde diferentes posturas el *instante*. Así, mientras en Heidegger el *instante* se revela como una suerte de destello que alberga pasado, presente y futuro, para Bergson el tiempo de la conciencia implica cualidad y no cantidad y su rasgo fundamental es la duración, priorizando (donde Heidegger subraya la proyección hacia el futuro) la carga de pasado implícita en él: *Nuestra duración no es un instante que remplace a otro instante; no habría entonces nunca más que presente, y no prolongación del pasado en lo actual, ni evolución, ni duración concreta. La duración es el progreso continuo del pasado que corroe el porvenir y que se hincha al avanzar.* (Bergson, 1977: 47). Desde luego, el concepto temporal del *instante* en Lispector y en Cixous está mucho más próximo a la concepción de Heidegger, donde el *instante* se revela como un momento de plenitud en el que se acentúa la vida fáctica.

Materia jubilosa, una alteridad de apertura, la búsqueda de un origen sin mediatizar por la simbología hegemónica, divinidad matriarcal versus naturaleza, pulsión vital, medida de tiempo, rescate del abismo y ante todo, escritura... Todo esto se reúne en el fruto, participado para las dos autoras por ese *algo* que excede la estrecha lógica binaria del hombre occidental:

*Necesito vitalmente haceros compartir el sabor acidulado y calmante de la escritura-presente, el gusto apagado, discreto, embriagador, de la que escribe en el origen del instante, antes del tiempo, justo al lado de la eternidad. Pues tal es la fuerza más grande que todas mis fuerzas de ese don que he recibido de ella: un don impetuoso, el don de una alegría irresistible, móvil, penetrante, que quiere crecer, pasar, transmitir su tumulto fluvial, hacerse oír, a todas las mujeres hechas de una misma mezcla de tierra de ternura y de divinidad.* (Cixous, 1995: 132-133).

Susana Trujillo Ros

UNED – Marzo 2015

## **Bibliografía**

- Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa*. Barcelona: Anthropos.
- (2010). *Entrevistas a Hélène Cixous*. (Ed. M. Segarra). Barcelona: Icaria Editorial.
- Bergson, H. (1977). *Henri Bergson, memoria y vida*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2006). *La llegada a la escritura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, M. (2006). *¿Qué es metafísica?* Madrid: Alianza Editorial.
- Lispector, C. (2012). *Agua viva* Madrid: Siruela.
- (2010). *El aprendizaje o el libro de los placeres*. Madrid: Siruela.
- (2013). *La pasión de G. H.* Madrid: Siruela.
- (2014). *La manzana en la oscuridad*. Madrid: Siruela.
- Nietzsche, F. (2012). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza Editorial.
- VVAA. (2013). *Especulo. Revista de Estudios Literarios (C. Lispector)*. Madrid: UCM.
- Zambrano, M. (2014). *Claros del bosque*. Madrid: Cátedra.